

en pocos meses, si fuera posible, una democracia original, como lo fueron nuestras viejas democracias locales, sin las trabas de las europeas y sin los peligros de los Estados de fuerza.

La mejor victoria sobre la Monarquía caída no será la que se ha ganado ahora en las urnas, sino la que debe ganarse mañana en la organización de la justicia, de la libertad y de la eficacia. La República está ahí; ahora es preciso con-

solidarla y engrandecerla. Y en esta ingente batalla de profundidad histórica nadie debe inhibirse. Cada ciudadano es un soldado, y cada soldado lleva en su pecho, como los de Napoleón, un mariscal en potencia. Cada español, hombre o mujer, debe dar a la naciente República lo mejor de su esfuerzo y lo mejor de su espíritu. ¡Para que la más joven República, la República española, sea también la más bella y perfecta!

Luis Araquistain

Mensaje a la juventud

## Retorno a la ciencia

= De La Libertad, Madrid. =

**Promesa y cumplimiento.**—El sábado 4 de este propio mes me revolví, en una conferencia ofrecida al pueblo malagueño en el teatro Vital Aza, contra una supuesta interrupción de adverso—que luego acreditó ser un grito de aliento y parabién—, y con palabra atropellada por la impaciencia de decir pronto lo que rebotaba de mi ánimo desde hace muchos meses, afirmé, en promesa y confesión, que yo jamás aceptaría cargo político en la entonces inminente República, conquistada hoy al fin.

Suele ser poco frecuente que las promesas lanzadas en la oposición se cumplan cuando varía la suerte del programa o régimen postulados; mas en este caso el cotejo entre lo prometido y lo ejecutado arroja perfecta identidad.

Creo que no estoy solo en esta conducta, y, por ende, acaso sea útil explicarla en letras públicas.

**Intelectuales y políticos.**—En primer término, los políticos y los «intelectuales»—y conste que gusto usar este vocablo por haber sido salpicado de dicitos por Primo de Rivera—son dos especies de hombres bastante distintos. La pesquisa científica y la meditación filosófica acostumbra a éstos a captar lentamente las verdades y ponerse siempre ante la duda. Un químico repetirá veces y veces sus pesos atómicos; un jurista sólo logra construir un sistema de derecho al cabo de numerosas tentativas; el sabio es un ente de vocación absorta. En cambio, el político ha de disparar sus soluciones sobre la fugitiva realidad. No es posible interponer moratoria a los problemas de gobierno, porque el hombre en espera es arrollado por los hechos en curso.

Además, el auténtico científico, que tiene una labor hecha y que durante veinte años ha vivido en matrimonio con una disciplina, no puede en su madurez traicionar su propia vida. Con frase correctísima ha dicho José Ortega y Gasset que el destino es intransferible. La política no es una «afición» subalterna que permita ser simultánea con otra faena. En este trance, el político ha de entregarse por entero a la ardiente y agotadora tarea de gobernar, y quien se consagra a tal menester tiene forzosamente que prescindir de otras ocupaciones. Si

un científico se transforma hoy en político ha de hacer renuncia de la disciplina que hasta ahora cultivó.

Y a la patria no sólo se le sirve haciendo política militante, sino también se la engrandece desde las regiones serenas de la ciencia.

**Por decoro.**—Se nos dirá que muchos de nosotros, profesores universitarios y estudiantes, hemos cruzado nuestro existir con la política desde el año 1923. Salgamos al paso de esta objeción. Los mozos de la Universidad y los intelectuales españoles no hemos hecho propiamente política durante el largo período de dictadura que se canceló con la marcha de don Alfonso. Hemos hecho higiene pública, hemos bregado por el decoro de España y hemos gastado las mejores energías en defendernos contra la política turbia que los dictadores inyectaron en la Universidad.

Hemos vivido los españoles en magnífica enajenación; pero, frenesí al fin, fuera de nosotros mismos, de nuestras labores cotidianas, urgidos por el deber inaplazable de jubilar la monarquía. Era afán de decencia más que de política, y por ello nadie pudo excusarse. El abogado, el médico, el ingeniero, el filósofo, el farmacéutico, el matemático, el estudiante y el profesor hubieron de renunciar temporalmente a la exclusividad de sus pleitos, enfermos, puentes, meditaciones, recetas, cifras y libros, para pensar con máxima y casi única preocupación en el inexorable venir de la República. Mas como el monarca, sin altruismo alguno, se empeñaba en perturbar con su recalitrante permanencia la vida del país, todos, «todos», sin disculpa

ni demora, nos vimos en el trance de emplear las mejores horas en el clamor de protesta, en el artículo proselitista, en el discurso contra la política imperante y en la trama de organizaciones al servicio de la República.

No niego que así se paralizaban las actividades sociales y científicas del pueblo hispano. El comerciante sabe que apenas vendía; el estudiante no se formaba en su especialidad; el hombre de ciencia no adelantaba un paso en sus pesquisas, ni el filósofo en su explicación del Universo. Ciertamente, Mas ¿quién fue el responsable? No, en verdad, los pobres españoles que sacrificamos todo para establecer un Estado sobre normas de derecho, sino el rey, que se empeñaba en mandar sobre un país que le repudió. De cuantos cargos puedan hacerse a la monarquía, acaso sea éste el más pesado de responsabilidad para el futuro hispano.

Como todo habitante de España, me he visto en el indeclinable deber de intervenir en la lucha política. Desde hace más de un quinquenio me ha sido preciso alternar el pacífico menester de la ciencia con la enconada ocupación política, y a medida que los años han pasado, la segunda ha exigido más horas y más devociones.

**Vuelta a la ciencia.**—Los hombres como yo, volcados temporalmente sobre la empresa de decoro político, sólo aguardábamos la definitiva victoria republicana para retornar a nuestros libros, a nuestras lecturas, a nuestras cátedras, con anticipada renuncia de puestos en el nuevo Estado español, al que serviremos con las armas de la cultura y acendrado amor.

Pero todavía no cumplimos nuestro deber con este retorno a la autenticidad de nuestras vidas. Es preciso que hagamos un llamamiento a las juventudes universitarias para que vuelvan al estudio. Porque fui de los primeros—Unamuno nos señaló la ruta—en levantar mi protesta contra el desgobierno del marqués de Estella y el absolutismo del rey destronado; porque sufrí confinamiento y prisión; porque no dejé pasar un día ni una hora sin luchar contra el atropello y la injusticia, puedo decir hoy a los estudiantes: «Volvamos a las aulas de la Universidad del Estado republicano, con desinterés y noble querencia de hacer derecho, filosofía, medicina, matemáticas, química, historia. Confíen en los hombres que nos rigen. Ellos llevan el timón del Gobierno y nosotros podemos con serenidad trabajar... ¡Volvamos a nuestros libros, a nuestras clínicas, a nuestros laboratorios, con el designio de doblar las jornadas para que nuestra ciencia adolescente llegue a la adultez!»

Y para dar ejemplo a las juventudes estudiosas no desempeñamos cargos políticos. Sólo así nuestra voz irá henchida de autoridad hasta los oídos mozos.

Harto he hablado de mí mismo. Quiero referirme ahora a otros hombres que, consagrados a las nobles tareas del espíritu, poseen por rara coincidencia superlativas dotes de políticos gobernantes.

### DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades